
LEOPOLDO ZEA

José Gaos en el recuerdo

Era un 10 de junio de 1969. Por la mañana me encontraba trabajando en el cubículo que Silvio Zavala, años antes, me había proporcionado, como "hijo primogénito" de El Colegio de México, en su edificio, situado entonces en Guanajuato 122. Aquí podía trabajar unas horas sin las presiones, primero de la Dirección General de Relaciones Culturales, después de la Dirección de la Facultad de Filosofía y Letras. Me preparaba a salir para dirigirme a C.U. cuando intempestivamente se me presentó José Gaos. "Tengo que hablar con Ud., Zea", me dijo. Antes de entrar al cubículo había detenido al profesor Capello, que me esperaba para plantearme un asunto de filosofía, diciéndole, con la forma un tanto ruda en que a veces solía hablar: "Voy a entrar antes que Ud.; Ud. puede esperar, yo no puedo, tengo mucha prisa". Capello quedó consternado al enterarse esa misma tarde que el maestro Gaos había dejado de existir.

Esta última e inolvidable entrevista, que duró cerca de una hora, tuvo el mismo carácter amable y personal que, a lo largo de los años, había mantenido con el que fuera mi maestro. Empezó por explicarme algo que yo ya sabía: el por qué no había regresado a dar sus cursos a la Facultad de Filosofía y Letras, hecho que coincidió con mi llegada a la Dirección de la Facultad en 1966 y con la renuncia del Dr. Ignacio Chávez. "Hubiera querido regresar por Ud., seguir enseñando, pero no podía hacerlo después de la forma como trataron en la Universidad a ese gran Rector que fue Ignacio Chávez. Mi solidaridad con él entraba en conflicto con mi afecto hacia Ud., y la satisfacción que sentía de que hubiese llegado a ese puesto. Ahora ha pasado el tiempo y creo que no seré ya desleal al Dr. Chávez si vuelvo a la Facultad. De esto quiero hablarle". "Ud. puede volver cuando quiera —le dije—, es usted Maestro Emérito y es Ud. mismo el que libremente tiene que decidir sobre su colaboración con la Universidad. El ser Maestro Emérito —agregué—, es un honor que otorga la Universidad, y no es renunciable; por ello la Universidad no le aceptó nunca la renuncia. El Rector Javier Barros Sierra me pidió dijese a Ud. que sus sueldos estaban a su disposición cuando quisiera cobrarlos. Lo importante, sin embargo, es su decisión para regresar a la Universidad y reanudar sus necesarias enseñanzas".

A continuación me habló de su obra, de lo que había escrito, y me entregó un testamento manuscrito, sin certificación notarial, en el que me exponía sus deseos últimos. "Quiero que Ud. —dijo—, se encargue de que mi obra sea recopilada. Esta obra y los discípulos que uno puede formar son lo que un hombre como yo puede de-

jar a la posteridad. Pida a Vera Yamuni que organice mis manuscritos, todos mis inéditos, ella los conoce aún mejor que yo". La familia del maestro, poco después de su muerte, me hizo entrega de los manuscritos de clase que deposité en el Instituto de Investigaciones Filosóficas. Al cumplirse los diez años de su muerte la Universidad, bajo los auspicios de la Coordinación de Humanidades, dará satisfacción a su voluntad reeditando su obra ya publicada y editando lo que quede aún inédito.

"¿Dígame Zea —preguntó en otro momento— conoce usted España?". "No, —le contesté—. ¿Por qué?", preguntó. "Por Ud. —agregué— no podía entrar a la España que lo había transterrado". "¿Por mí?. Déjese de cosas. Yo no puedo volver ni volvería por razones obvias —agregó. Pero Ud. está obligado a hacerlo. España es parte central de la América a cuyo estudio se ha entregado con tanta pasión, por ello tiene que conocerla. Prométame que lo hará lo más pronto posible". Se lo prometí. En 1971 hice mi primera visita a la España de mi maestro; después he continuado visitándola, encontrando en ella lo que él ya me había augurado. Hablamos de otras muchas cosas: de la Universidad, de los presos políticos, de Eli de Gortari, cuyo hijo trabajaba bajo su dirección. "¿Qué puedo hacer por De Gortari, cuyo hijo veo a menudo lleno de congoja? ¿Hay algo que pueda hacer, ver al Presidente de la República, a quien sea?".

Por la tarde de ese mismo día José Gaos moría en El Colegio de México, presidiendo el examen de grado de otro más de sus innumerables discípulos. La noticia me llegó a la Dirección de la Facultad. El maestro Gaos, pese a su promesa, no volvería a llenar el vacío que había dejado en esta Facultad. Quedaba su obra, sus discípulos, lo aceptasen o no como maestro. El hombre que había llegado a México para poner sus tiendas y trabajar como lo había hecho en su patria, había ya cumplido con lo que consideraba su misión. En tierra mexicana, que veía como prolongación de su tierra española, había puesto sus semillas y éstas daban fruto, y no sólo en México sino a lo largo de toda América, nuestra América, sobre la que trabajó y enseñó a trabajar a quienes fuimos sus discípulos.

Muchas veces he vuelto mis recuerdos hacia atrás, hacia el pasado inmediato en que conocí a José Gaos, bajo cuya orientación me fui formando hasta el día en que, habiéndome doctorado, me prohibió asistir a cualquiera de sus clases. "Ya no tiene nada que aprender de mí, le toca a usted seguir solo y está ya bien preparado para hacerlo. Si pone el pie en alguno de mis cursos, con todo dolor tendré que correrlo delante de los demás alumnos". "¿Y a sus conferencias públicas?", —le

pregunté. "Eso es otra cosa, aunque no creo que aprenda ya mucho". De esta forma quedé impedido para asistir a sus cursos y seminarios sobre Hegel y Marx, lo cual he lamentado toda mi vida.

A Gaos lo conocí cuando inició en 1939 su curso sobre *Introducción a la Filosofía* en la Facultad de Filosofía y Letras, situada entonces en Mascarones. Un largo curso que duró varios años y que seguí sin perder ninguna clase. Empezó por los griegos. Explicaba todo con una agudeza y entonación que no puede ser recogida en las publicaciones. De este largo curso viene a ser un resumen su libro *Historia de nuestra Idea del Mundo*. A su curso asistían profesores universitarios como Justino Fernández, Edmundo O'Gorman, Antonio Gómez Robledo y otros muchos ya destacados en diversas disciplinas universitarias. Había pedido, al finalizar una de sus lecciones, un trabajo sobre Heráclito. Le entregué el mío con los del resto de los asistentes. Una semana después comentó los trabajos de Justino Fernández, O'Gorman y Gómez Robledo, a quienes él ya conocía, pero pidió que se identificase quien firmaba como Leopoldo Zea. Me identifiqué y me preguntó: "¿Ha estado usted en España?", "Nunca", -le contesté. "¿Qué extraño! -repu-so-, porque su interpretación, que es original, concuerda con la expuesta por Xavier Zubiri en Madrid, interpretación que nadie conoce fuera de su cátedra porque no la ha publicado. En su trabajo, Zea, no sólo realiza Ud. esta interpretación, sino además hace gala de un amplio conocimiento de la Escuela de Madrid, que aparece bien asimilada. ¿Cómo puede ser esto posible, si no ha estudiado en Madrid con ninguno de nosotros?" "Será -contesté-, porque he leído mucho a Ortega". "Quizá, pero aquí encuentro algo más que la sola lectura de Ortega". Poco después pidió un trabajo sobre Aristóteles.

Algún tiempo después, al terminar una de sus clases, me abordó y me preguntó, "¿Zea, qué hace usted, a qué se dedica?". Le expliqué. "Estudio en la Facultad de Derecho por las mañanas, en la tarde asisto a la de Filosofía porque es algo que me interesa especialmente. Por la noche trabajo en la Oficina de Telégrafos como mensajero". "¿Pero a qué hora duerme entonces?", -preguntó sorprendido. "Un día -contesté- me toca guardia hasta las doce de la noche y me voy rápidamente a dormir; otro hasta que amanece, y de allí salgo para la primera clase a las siete de la mañana en Derecho; y otro descanso, que es cuando repongo el sueño acumulado". "Pero se va a morir, hijo, esto no puede seguir así". Algunas semanas después recibía un mensaje, citándome, de don Daniel Cosío Villegas, Secretario General de La Casa de España en México, después transformado en El Colegio de México y de la cual era presidente Alfonso Reyes. Asistí a la cita con Cosío Villegas, quien me dijo: "Tenemos entusiastas referencias respecto a Ud. de parte del Dr. José Gaos, el cual nos ha pedido le demos una beca para que se dedique estrictamente a la filosofía. ¿Cuánto gana en Telégrafos?" "Ciento cuarenta pesos". "Le vamos a dar ciento cincuenta. Pero, -agregó- no sólo tendrá que dejar Telégrafos, sino los estudios de Derecho para dedicarse exclusivamente a la filosofía bajo la dirección del Dr. Gaos. Antes de contestar tómese unos días y

piénselo bien. No olvide que si resulta un mediocre en la filosofía habrá hecho una mala elección y habrá perdido su tiempo". "No tengo que pensarlo, -le contesté- acepto el ofrecimiento y las condiciones desde ahora". "Bien, es su propio porvenir el que se juega; queda Ud. ya incorporado a esta institución".

Ya bajo la dirección de Gaos, además de seguir sus cursos, se planteó la inmediata necesidad, una vez terminados los estudios que se exigían para obtener el grado de maestro, de elegir el tema de la tesis. "¿Sobre qué piensa hacer su tesis?" -preguntó Gaos. "Me interesaría mucho, -le dije-, hacerla sobre los sofistas griegos". "Querido Zea, estoy seguro que haría un buen trabajo, pero no aportaría mucho en ese campo. Le falta el conocimiento del griego además del instrumental y los elementos con los cuales cuentan los estudiosos europeos. Se trata de hacer una tesis, y una tesis implica un aporte al tema tratado. ¿Por qué no toma un tema mexicano, alguna corriente filosófica y su influencia, por ejemplo, el liberalismo o el positivismo?."

*Leopoldo Zea, le recibí en mi casa.
autólogo. Estas autologías tendi-
ticas son particularmente instruc-
tivas y a esto me lo parece mucho.
Dada nuestra a algunos jóvenes
el valor a interesarse por la filo-
sofía concreta de la cultura, su
uso de este libro me todo, en
un formalismo filosófico
ya bizantinizado, declinante.
Muchas gracias y un abrazo de*

Gaos

En este campo, por poco que aporte, siempre será un aporte porque hay poco, o nada, sobre estos temas. Además, si sale un buen trabajo, como estoy seguro que saldrá, su carrera en el campo filosófico estará asegurada". Acepté la sugestión del maestro y me dediqué a trabajar sobre *El Positivismo en México*. Con el primer tomo alcancé la maestría, con el segundo el doctorado. La realización de estos trabajos me puso en una relación más estrecha con el maestro Gaos. Cada sábado, a las cinco de la tarde, debía llevarle una parte de la tesis, que discutía conmigo hasta las seis en que llegaban Justino Fernández, Edmundo O'Gorman, los arquitectos de la Mora y del Moral y otros más para saborear un sabroso té con exquisitas golosinas que preparaba Angela, la esposa del maestro. Yo participaba de este festejo semanal después de pasar la prueba particular del análisis que hacía el maestro de las partes de la tesis. Nunca me dijo que alguna parte de la misma fuera mala o estaba de más. Cuando no le satisfacía algo plenamente me decía: "Su trabajo, como siempre, está bien analizado o interpretado, pero podría aun mejorarlo si analiza o aclara mejor esto o lo otro". Así, a lo largo de dos años fueron surgiendo mis dos primeros libros sobre el positivismo en México.

Con Gaos aprendí dos cosas: que el maestro, cuando lo es auténticamente, ha de saber estimular al discípulo, ha de ayudarlo sin sentir celo alguno por el progreso que alcance. Este progreso es, precisamente, expresión del éxito del maestro. Y también aprendí que el discípulo no tiene por qué negar al maestro para ser original. Ni al maestro estorba el discípulo ni al discípulo el maestro. He tenido, también, la experiencia de destacados maestros que terminaban bruscamente su ayuda al discípulo e inclusive su relación, si éste mostraba indicios de personalidad e independencia. Surgían los celos abiertos, sin ocultamientos, pensando que, acaso, podían ser desplazados por quienes ellos mismos habían ayudado a formar. De igual forma he conocido discípulos que, al crecer, nada querían saber del maestro que había ayudado a su crecimiento quizá porque temían se hiciese patente lo que le debían y por ello se anulase su originalidad. Gaos me decía: "Yo fui formado por Ortega y por Morente; no sé cuánto debo a cada uno de ellos; no sé lo que es de cada cual y lo que es aportación mía en mi obra. Lo importante es que soy, y que en mí están ellos; pero lo están en la forma en que han sido asimilados y que es a través de esta asimilación que puedo expresarme a mí mismo". Gaos se sentía a su vez, prolongado y justificado en sus discípulos, no por lo que repitiesen de él, sino por lo que pudieran haber hecho con lo que él les había entregado. Se sentía justificado en la medida en que su magisterio ayudaba a crear algo nuevo, algo que sólo sus discípulos podían hacer posible a partir de lo que él les había entregado.

Por mi parte he tratado siempre de reconocer lo mucho que debo a sus enseñanzas, como lo que debo también a Caso, Ramos, Vasconcelos y otros, sin sentir que esta deuda implique disminución de lo que, en alguna forma, considero es mi propia aportación. No tengo por qué negar a mis maestros, porque al negarlos me negaría a mí mismo. Y lo que se dice de un

maestro se puede, también, decir de la propia experiencia biográfica e histórica. Es necesario asumir la propia historia para crear, a partir de ella, y sobre ella, el futuro de esa misma historia. Así me enseñó Gaos a ver mi historia, la de México y la de la América Latina como punto de partida de una historia universal que también es mía. Así aprendí a buscar en las expresiones concretas de nuestra historia los elementos para hacer la historia de las ideas de ésta nuestra América: el propio Gaos dedujo de estos mis trabajos, una filosofía de la historia americana que me conminó a desarrollar. Desarrollo que intenté, en homenaje suyo, en el libro que lleva ese nombre: *Filosofía de la Historia Americana*. Tampoco me han estorbado mis alumnos o discípulos; no me he sentido disminuido cuando ellos se han transformado en maestros. No he sentido celos frente a los maestros a quienes debo algo, ni frente a los discípulos que pueden acrecentar lo mucho, o poco, que pude haberles entregado.

De sus maestros y discípulos ha hablado Gaos en sus *Confesiones Profesionales*, un importante libro en que expone sus satisfacciones y sus decepciones, aunque más de las primeras. Su gran magisterio lo realizó en México. En México fue formando grupos de discípulos alentándolos a tomar los caminos que considerasen más justos y adecuados a su modo de ser, a su personalidad. Y así como se preocupó por mí, para que obtuviese los medios que estimulaban mi inclinación hacia la historia de las ideas en América y la búsqueda del sentido de esa historia, igualmente se preocupó porque sus diversos discípulos obtuviesen los medios para encontrar y realizar sus



vocaciones. En sus *Confesiones* habla de parte de ellos, a los que habría que agregar otros muchos. Entre estos últimos los jóvenes que formó en el campo de la historia en El Colegio de México, en donde continuó su magisterio al retirarse, como protesta, de la Universidad. Varias veces Gaos solicitó mi ayuda, tanto en mi puesto en Cooperación Intelectual de la Secretaría de Educación Pública, como en el de Relaciones Culturales de la Secretaría de Relaciones Exteriores, para que éste o aquel discípulo suyo pudiese estudiar en algunas de las más destacadas instituciones universitarias europeas, tanto en Francia, como en Inglaterra o Alemania. Pero fuerte decepción sintió cuando algunos de éstos, sus más inteligentes discípulos, o alumnos, hicieron del instrumento filosófico que habían recibido en esos lugares la meta última de sus afanes. Lo que debería ser un instrumento para una mejor reflexión que, como toda filosofía, realiza sobre su realidad, se transformó en la filosofía misma, en la filosofía por excelencia, en un dogma frente al cual esa realidad carecía de importancia. También alcanzó satisfacciones al ver cómo esas mismas filosofías podían estar puestas al servicio de un más amplio y seguro conocimiento de la propia realidad. Admiraba a quienes no juraban por maestro alguno, ni se preocupaban porque su filosofar llenase o no determinados requisitos. El mayor de los requisitos, —lo mostraba la historia de la filosofía—, era la autenticidad en la reflexión, no el preocuparse de si se estaba, o no, de acuerdo con esta o aquella filosofía, la cual había surgido, precisamente, de un acto de reflexión auténtica sobre una determinada realidad abstracta o concreta.

Gaos me enseñó, igualmente, a distinguir al profesor de filosofía, al profesional de la misma, del filósofo. Al comentar un ensayo mío, *La filosofía como compromiso*, escribía, "Esta filosofía de la historia de Occidente en general y de la historia de la filosofía occidental en especial, porque no se trata de nada menos, resulta, por obra de la novedad y profundidad del punto de vista desde el cual se contempla la historia, ella misma nueva y profunda —cualquiera que sea la problemática de las tesis que la intentan—, como quizá ponen de manifiesto mejor que nada el nuevo Sócrates y el nuevo Descartes de Zea, innegablemente certeros en importantes detalles e irresistiblemente sugestivos en otros detalles y en el conjunto". De palabra me había dicho: "Me gusta mucho su interpretación de esas figuras centrales de la filosofía occidental, nada ortodoxas por lo que se refiere a la interpretación escolar. En este sentido son muy discutibles. Pero ello me indica que está usted actuando como filósofo, cuando hace de la filosofía instrumento de su propio reflexionar sin importarle que coincida o no con el punto de vista de los profesionales de esta filosofía. Esto hizo Nietzsche con la filosofía griega; esto ha hecho Heidegger con el pasado filosófico. Retuercen la filosofía, poniéndola al servicio de su propio y original reflexionar. Querido Zea, con estos anticipos está usted condenado a ser un filósofo; pero también, como tal, a ser negado por quienes escriben la historia de la filosofía, por sus profesionistas que pretenden decidir sobre quién hace o quién no hace filosofía, de acuerdo

con ésta o aquella pauta, tomada de la misma historia de la filosofía y negando, con ello, esa misma historia".

A esa condena, a la que me ví sometido desde el día en que Gaos me "descubriera" en una de sus clases, la condena aceptada, cualquiera que fuera el resultado de la misma, ante Daniel Cosío Villegas, se sumaron las demandas que me fueran también hechas por mi maestro para que continuase la línea que ya me había marcado al escribir mis trabajos sobre *El positivismo en México*, y en los cuales se hacía ya expresa una interpretación de la historia de esta nuestra América. Gaos había insistido ante El Colegio de México para que me pusiese a hacer una historia de las ideas en América Latina como la que había hecho en México. Debía empezar por la historia del Romanticismo y el Positivismo en Latinoamérica. Alfonso Reyes me propuso así a la Fundación Rockefeller como candidato para hacer una historia de nuestras ideas que ya, un tanto superficialmente, habían realizado algunos estadounidenses. Surgió así el trabajo titulado *Dos Etapas del pensamiento en Hispanoamérica*, después notablemente ampliado y publicado con el título de *El pensamiento Latinoamericano*. De este trabajo dedujo Gaos una filosofía de la historia de esta nuestra América, la cual consideró yo estaba, igualmente, condenado a escribir. Esta ha sido mi última y más reciente publicación. He aceptado la condena; la condena que implica, por supuesto, la duda sobre si lo que hago es o no es auténtica filosofía, de si cumplo o no con las normas del buen reflexionar del profesionalismo filosófico. Un crítico estadounidense escribía, al hablar de esa filosofía de la historia que apuntaba ya en algunos de mis libros: "Se ha dicho que la filosofía de la historia es filosofía pobre y mala historia". Confieso que no me ha preocupado mucho el que se me califique, o no, como filósofo. Pienso que otros, mayores de lo que yo pretendo ser, tampoco se preocuparon por saber si eran o no filósofos de acuerdo con las normas de su época, y que simplemente reflexionaron sobre su realidad, dando a la filosofía su más original expresión, esto es, el de afán de saber. Todo ello lo aprendí al lado del maestro José Gaos, por el que no juro, pero al que tampoco niego. Sé, por sus propias palabras, que estoy condenado a realizarlo a él realizándome a mí mismo. Condena que es para mí un gran compromiso que quisiera aún cumplir en su mayor plenitud.

